

EN EL SALON DE 1900

Los preparativos.—Curiosos.—La tijera.
—Elección de jurados.—Intrigas.—
Ambiciones.—El día de la admisión
—Las sorpresas de un maestro.—Re-
chazados.—Un portero-czar.—El
duelo.—Resultado.—Críticos callam-
pas.—Nuestro programa.

Cada año, allá por agosto ó
septiembre, todos los pintores
y escultores empiezan á ha-
cer sus aprestos para el *Salón*;
es un — ¡Lázaro, levántate!—
que se le grita á nuestro aletar-
gado mundo artístico: se prepa-
ran las telas, se descuelgan las
paletas, y por muchos días no
se oye en los talleres sino el ás-
pero escobilleo de los pinceles
y el golpe seco de los buriles
que cascan el mármol duro y
helado.

Medio octubre: los cua-
dros deben estar al concluirse,
y entonces los avanzados se
dedican á husmear los talleres
de los camaradas para sorpren-
der las telas en caballete, adivi-
nar, si es posible, la idea aun
no realizada; entonces comien-
za á funcionar el club de *la ti-
jera*, el terrible club del pelam-
bre, que tantos socios cuenta
entre los artistas, cada uno tan
satisfecho de la obra realizada,
que mira por sobre el hombro
el esfuerzo de los demás.

*
**

En seguida queda todavía
la baja camarilla, la intriga so-
lapada, la desvergonzada in-
tervención, de donde surgirá *el
jurado*; se comprometen pala-
bras, se desenvuelven ambiciones,

se hace fraude y, sobre toda esta libertad eleccionaria se forma
aquel jurado, casi siempre el mismo: un viejo artista, ruina gloriosa de otras edades; un crítico
de arte que, de tanto calentarse la cabeza, nadie le coge el pelo y, en fin, dos ó tres más.

*
**

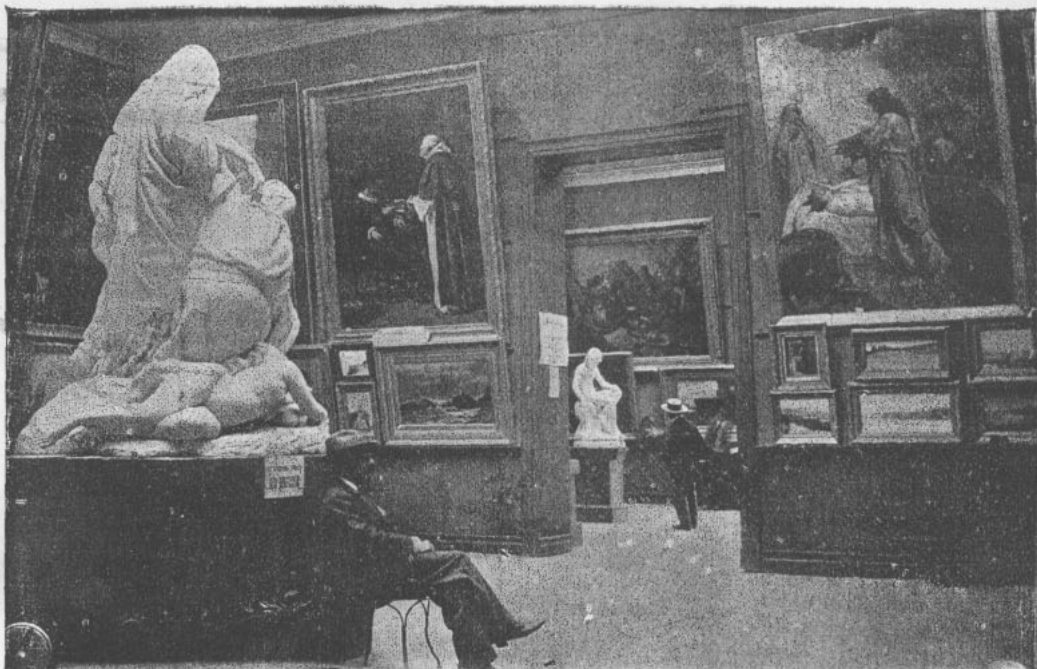
Llega el día de la admisión: saludos desdeñosos, reverencias zalameras, obras y artistas se
cruzan en el pórtico del *Salón* transformado en puerta del infierno; los pintores llegan cargados
con montones de telas, treinta cuadros cada uno, estudios, panoplias... ¡qué sé yo! uno se pre-
gunta inquieto si cabrá todo en el estrecho recinto de la Exposición.

¡Oh las sorpresas de ese día! Hasta la tarde anterior, tal vez hasta esa misma última mañana,
un maestro aseguraba no concurrir con sus obras al certamen.—«No quiero rozarme con tanto es-
túpido»—había dicho con tono desdeñoso; uno lo miraba reverente; pero, he aquí que por una
avenida de la Quinta, el maestro avanza, su propia persona y más atrás ¡oh mi Dios! un verdadero



(Cuadro de E. Lancerotto)

TRES PERLAS



MUSEO DE BELLAS ARTES

ejército de cuadros, preparados bien de antemano, que habían preocupado la atención del autor tal vez desde principios de año.

Otros principiantes se llegan humildemente, saludando desde la entrada, hasta á aquel terrible Júpiter tonante, antiguo dios de la verdad desnuda (¿?), esos son los que temen ser rechazados.

Cuando ya se cierra la puerta, golpean jadeantes los atrasados, los que esperan la última hora, los que concluyen el retoque de los cuadros en la carretela que los conduce á la Quinta.

Y á la vuelta se distingue á los futuros laureados por su sonrisa de triunfo; los ambiciosillos están seguros de obtener medalla, gracias á alguna cartita laudatoria, publicada en éste ó en el otro diario, dirigida á cualquier jurado con ocasión del día de su cumpleaños, ó de la feliz extracción de la muela del juicio; sí, sí, pueden estar tranquilos, la recompensa no tardará en premiar sus generosos esfuerzos.

*
**

Y después de toda esta febricencia, de este empuje, de tanto codeo y tanto maquiavelismo, viene pronto el resultado. Para los que no han inclinado la frente, para los que por tener poca diplomacia y mucha tiesura dorsal no han rendido tributo á los dioses lares, para los independientes, en fin, casi siempre más talentosos que los serviles, para esos no son los premios. Y se improvisan talentos, que están en la mente de Dios, se levantan reputaciones hasta entonces anónimas, mientras el público, ó se asombra de estas ironías, ó se burla de estas ridiculeces.

*
**

En seguida la crítica: surgen los señores críticos como las chinches en verano; cada uno muerde á sus enemigos, cada uno levanta y glorifica á sus amistades. ¡Qué importa la justicia, el arte! ¡Para qué lo uno ni lo otro! ¿Que hay que entender algo, contar con cierta preparación para ser crítico?... ¡Necedad! basta tener buenas uñas, bombo sonoro, y haberse leído saltadita *La filosofía del arte*, de Taine; ó las *Versiones artísticas*, de Federico Balart.

Y los pobres artistas, ó se ven levantados sobre el nivel de Millet ó de Fortuny, ó pierden por una ligereza del periodista ó por una antipatía, muchos días de labor, muchos meritorios y valientes esfuerzos. ¡Ah, cuánto deben maldecirnos los desgraciados artistas, maniatados vergonzosamente, en poder de cualquier llena-carillas ramplón que por capricho ó por disgusto personal, dice periquitos de la obra y pone de oro y azul al autor!

*
**

Hemos hecho, hasta aquí, la historia repetida de todas las exposiciones en todos los años que tiene de vida el *Salón*. Tal vez parezca dura, probable, pero hay que pensar en que no exageramos limitándonos á exponer descarnadamente lo que siempre ha sucedido.

